BIBLIOTECA CENTRAL

CAPITULO VI.

OBRAS DE CARIDAD.

(1869-1875.)

El corazon de Garcia Moreno estaba á la altura de su inteligencia. Basta dirigir una mirada á sus obras de caridad, mas admirables por ventura que sus obras de enseñanza, para comprender los tesoros de bondad que encerraba su grande alma.

En el número de plagas que corroian al Ecuador, es preciso contar el pauperismo. Devorado por los impuestos, el militarismo y las revoluciones; privado de comercio y agricultura; indolente de suyo, vivia el pueblo en la miseria, en esa miseria degradante, inseparable compañera del vicio y del crímen. De aqui el enjambre de mendigos, de vagos, de mugeres perdidas, de expósitos, de salteadores y ladrones. Los caminos, hasta los de una aldea á otra, no ofrecian la menor seguridad, á quien no llevaba un revólver en el bolsillo. Garcia Moreno emprendió una lucha sin tregua contra el pauperismo; pero ante todo, trató de socorrer á las víctimas.

Los niños privados de los cuidados de la familia, excitaron desde luego su solicitud : para socorrerlos

fundó dos casas de misericordia en Quito. La primera, confiada á las Hijas de la Caridad, era una inclusa para socorrer á los niños abandonados por el vicio ó la indigencia. Una dama generosa[1] cedió un magnífico establecimiento, y el gobierno suministró los gastos necesarios para sostenerlo. En la segunda, servida por las Hermanas de la Providencia, fueron acogidos los verdaderos huérfanos. Estas dos clases de niños, gracias á la proteccion del presidente y á la abnegacion religiosa, volvieron á encontrar madres, que formándolos para la virtud cristiana, prepararon á la sociedad miembros sanos y útiles, en vez de miembros podridos y engangrenados. Casas semejantes se instituyeron al punto en Guayaquil y Cuenca, á instancias de Garcia Moreno y con las subvenciones que obtuvó del congreso.

Otra clase de infortunadas, las mugeres de mala vida mas ó ménos entregadas al libertinaje, y contra las cuales, segun hemos visto, habia dictado reglamentos de policia muy severos, llamó presto su atencion. Fácil era encerrarlas en la cárcel; pero la experiencia prueba que la prision se convierte á menudo para estas infelices, en escuela de corrupcion todavia mas refinada. Únicamente la religion, por las gracias que confiere, tiene el don de curar esas criaturas, doblemente viciadas. La prueba de su accion prepotente, aun sobre las mas incorregibles, la veia Garcia Moreno en esas tristes víctimas de nuestra civilizacion que, despues de haber habitado diez ó veinte años los deshonrosos tugurios en que nuestros filántropos las sostienen, acaban, en manos de las admirables hijas del Buen Pastor, por transformarse en Magdalenas penitentes, y luego en

[1] Doña Virginia Klinger de Aguirre.

modelos de inocencia y de pureza. Por consecuencia, estableció en la capital un refugio dirigido por aquellas religiosas. Acorraladas por la policia, que no les daba cuartel, las disolutas huyeron del país ó renunciaron á su infame oficio. Las reincidentes fueron internadas sin misericordia en el Buen Pastor, en cuyo asilo, gracias á la vida regular, al trabajo, á las piadosas exhortaciones y á la solicitud de las hermanas, se convirtieron sinceramente. Algunas volvieron á entrar en sus familias para vivir como mugeres honradas; la mayor parte permaneció benévolamente en su retiro, entregada completamente á Dios.

Esta obra de salubridad moral desagradó á los liberales. En efecto, ¡con que derecho se privaba á esas disolutas, de la libertad, y á los libertinos de sus víctimas! A la muerte de Garcia Moreno la revolucion reparó esta injusticia; y pusó fin al desórden. Una compañia de jóvenes civilizados con una orquesta al frente, rodeó el establecimiento del Buen Pastor, armó un estrépito á las religiosas, forzó las puertas de su casa, y dió libertad á las hijas arrepentidas, es decir, las volvió á sumergir sin piedad en la infamia y la miseria de donde las habia sacado Garcia Moreno. ¡Y á él se le calificaba de déspota! ¡Y á los descerrajadores del refugio, de verdaderos amigos de la humanidad!

Las prisiones reclamaban una reforma tanto mas urgente, cuanto mas intolerable se iba haciendo el número de víctimas de un régimen escandaloso y de abusos repugnantes. Por consecuencia de las guerras, de las insurrecciones frecuentes, y de la desmoralizacion que traen consigo, esos tabucos infectos rebosaban de asesinos y ladrones, de gente perdida y criminal. Los cuerpos perecian faltos de aire y de

alimento, mientras el alma se encenagaba en la crápula y la ociosidad. Ningun otro ejercicio religioso mas que la misa del domingo; ni instruccion, ni consuelo para estos párias de la humanidad; ni el menor esfuerzo para convertirlos y rehabilitarlos. Muchas veces se les daba por capellan un sacerdote desacreditado, ó poco apto para otras funciones del ministerio eclesiástico. El preso no tenia mas pensamiento que el de escaparse de aquella tumba en que estaba enterrado vivo.

Despues de una inspeccion minuciosa, el primer cuidado de Garcia Moreno fué remediar los desórdenes materiales mas graves, y estudiar luego los medios de convertir la cárcel en escuela de correccion y de moralidad. En nuestros dias los filántropos y humanitarios han disertado mucho sobre el régimen de las prisiones, sobre los diferentes sistemas penitenciarios, el celular y el de comunidad : en último resultado, sólo han conseguido probar su ódio á Dios y al sacerdote, al propio tiempo que por sus ensayos siempre infructuosos, demuestran á su manera la imposibilidad de pasarse sin ellos.

La reforma de Garcia Moreno estaba, como todas las suyas, basada en la religion. Buscó dos hombres unidos á él por el corazon y capaces de aplicar sus ideas; un capellan para penetrar hasta el alma de los desdichados detenidos, y un director inteligente y firme para hacer ejecutar los reglamentos y prestar completa ayuda al capellan. Se impusó á los presos una órden del dia, combinada con el objeto que se trataba de conseguir, y cada cual debió ceñirse á ella bajo las penas mas rigorosas.

Desde entónces todo cambió de aspecto : la cárcel se convirtió en escuela y en taller. A horas determinadas, el capellan don Abel del Corral, jóven sacer-

dote lleno de abnegacion, enseñaba á sus extraños oyentes la doctrina cristiana, los mandamientos del decálogo, con los cuales parecian muy poco familiarizados, los deberes del hombre honrado, los ejercicios del cristiano, tales como la oracion de cada dia y la frecuencia de los sacramentos. Agregaba por complemento lecciones de lectura, de escritura y de aritmética, asi como otras nociones y conocimientos útiles. Despues de esto, venia el trabajo manual : cada uno se aplicaba al oficio mas conforme á su aptitud. El director don Francisco Arellano, secundaba al capellan con celo é inteligencia, castigando á los perezosos ó recalcitrantes, á fin de forzarlos á su obligacion por el temor de la pena. Por lo demás, esta severidad necesaria, no le impedia jamás mostrarse padre y amigo de los que él llamaba sus queridos presos. Exhortábalos dulcemente á enmendarse de sus faltas, escuchaba sus quejas, dulcificaba, segun sus facultades, las duras condiciones de su vida material, ayudaba al capellan durante sus lecciones, sugetándose á pasar asi todos los dias en medio de la triste y sombria prision,

Para estimular la buena voluntad de los encarcelados, Garcia Moreno les hizó vislumbrar la libertad como recompensa de sus progresos en la honradez, el amor al trabajo y la piedad. No solamente prometió abreviar el tiempo de la prision, sino indultar por completo á los que mereciesen este favor : y ciertamente el compromiso no era temerario; porque á medida que Dios recobraba su imperio en corazones que no le conocian ya, la prision se transformaba en vasto convento, en donde reinaba, con el amor al estudio y al trabajo, la mas estricta regularidad. A fin de año el presidente, acompañado de sus ministros, de una escolta militar y de personages distin-

guidos de la capital, se dirigia con gran pompa á la cárcel para proceder al exámen escolar de los detenidos. Versaba este sobre la doctrina cristiana, la historia sagrada, lectura, caligrafia, ortografia y aritmética. El presidente interrogaba por si mismo á aquellos escolares de nuevo género, cuya mayor parte habia llegado á la edad madura. Todos en sus clases respectivas asombraron á los concurrentes por sus respuestas, y todavia mas por su excelente aspecto. Despues de haberlos felicitado vivamente por sus adelantos y su conducta, Garcia Moreno distribuyó recompensas à los mas merecedores, redujó la pena de algunos, y en el acto, dió libertad á aquel que descollaba sobre todos por su mayor respeto al deber. Los presos aplaudieron llorando de júbilo. No comprendian como un gefe del Estado podia rebajarse hasta su miseria; y mas que nunca hicieron lo imposible para seguir mereciendo en adelante sus mercedes.

Tratábase ya de perseguir á los bandidos y ladrones que infestaban el país, á fin de someterlos á la misma prueba. Árdua era la empresa en aquellas montañas que ofrecen á las gentes de mal vivir numerosas madrigueras casi completamente ignoradas. Gavillas organizadas en las inmediaciones de Quito, con buenos capitanes y excelentes puntos de refugio, de acuerdo probablemente con la policia, desafiaban á los mas finos podencos del gobierno. El presidente escogió entre estos últimos una persona con la cual le pareció que podia contar, le prometió una buene recompensa si le traia preso al capitan de ladrones mas temido en aquella tierra, y le autorizó á disponer de cuantos hombres necesitase, tanto de policia como del ejército, para lograr su objeto. Algunos dias despues el bandido estaba preso. Conducido

delante del presidente, esperaba ser en el acto sentenciado á muerte; pero ¡cual no fué su asombro al ver que, por el contrario, Garcia Moreno, le acogió benévolo, haciendo un llamamiento á sus sentimientos de honor y de religion, y que, por último, le prometió su proteccion si mudaba de vida! No le impusó otra pena que la de pasar todas los dias una hora con un santo religioso que le designó, y de hacerle á él una visita mañana y tarde. Conmovido hasta derramar lágrimas el facineroso, se convirtió y transformó por completo. Seguro entónces de sus buenas disposiciones, el presidente pusó la policia á sus órdenes, y le encargó que le condujese sus antiguos camaradas « para transformarlos, añadió, en hombres de bien, como tu. » Pocos dias despues, los salteadores acosados hasta en sus mas recónditos escondrijos, caian en manos de los dos fieles colaboradores de Garcia Moreno, el capellan y el director de la prision. Así cesó aquella calamidad del bandolerismo que en todos tiempos habia desolado el país.

Si desde el punto de vista de la regeneracion moral de los presos, se quiere apreciar el sistema penitenciario inventado por Garcia Moreno, júzguese por un hecho, sin precedente en la historia. Durante los seis últimos años, el presidente, con grandes dispendios, habia construido un inmenso establecimiento llamada Panóptico, destinado á reemplazar á la carcel mal sana de Quito. Terminado el edificio en 1875, se vió que era inutil; porque no habia delincuentes que encerrar en él. Garcia Moreno tuvó el gozo de anunciar á los diputados que sólo quedaban unos cincuenta presos en la cárcel. « Ahora bien, añadió, como la penitenciaria, es capaz de contener cerca de 300, en cinco divisiones diferentes; y como, por otra parte, los miembros municipales no tienen como

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

construir las casas de reclusion que debe haber en cada provincia, meditad en vuestra sabiduria, si no seria ventajoso y conveniente que fuesen traidos de todas las provincias á la Penitenciaria los sentenciados de obras públicas y presidio, segun el código penal antíguo, y los condenados á reclusion, con arreglo al vigente, para que, conservándose con entera separacion, puedan cumplir sus respectivas penas, bajo la inspeccion de la Corte suprema, saliendo de las bárbaras, inmundas y corruptoras cárceles municipales en que padecen sin enmendarse, cuando no les es facil eludir la pena con la fuga[1]. »

¡Ay! Algunos dias despues de haber escrito estas lineas, el presidente no existia, y la revolucion en odio á la obra civilizadora, lanzaba de su puesto al fidelísimo Arellano!

Al mismo tiempo que construia casas de huérfanos, de refugio y penitenciarias, Garcia Moreno trabajaba con no ménos celo en la mejora de los hospitales, á fin de hacer mas llevadera la suerte de los pobres enfermos, á quienes las dolencias y la miseria conducian allí. Habia en Quito un grande hospital, conocido con el nombre de San Juan de Dios, donde se acogian hasta trescientos enfermos, un refugio para leprosos y una casa de locos. Estos establecimientos, así como los anteriormente citados, estaban administrados por especuladores y mercenarios, que no se avergonzaban de enriquecerse á expensas de los desgraciados. « Nuestros escasos establecimientos de beneficencia, decia Garcia Moreno á los diputados, presentan un cuadro repugnante, indigno de un pueblo cristiano y civi-

[1] *Escritos y Discursos*, t. II, p. 315.

lizado, no sólo á consecuencia de la insuficiencia de las rentas, sino principalmente, por la falta completa de caridad en los que lo sirven. » Y hablaba por cierto con conocimiento de causa; porque desde los primeros tiempos de su administracion, se constituyó él mismo en director del grande hospital que todas los dias visitaba, á fin de obligar á los empleados al cumplimiento de su deber. Recorria las salas, examinaba las recetas del médico, enseñaba á los enfermeros el modo de preparar los medicamentos ó de vendar á los enfermos, y castigaba con estrema severidad las menores negligencias. Cuando llegaba á una ciudad su primera visita era al hospital. En Guayaquil encontró muchos enfermos tendidos en una estera. Vivamente conmovido por aquel espectáculo, dijó al gobernador que lo acompañaba : — « Estos pobres infelices estan muy mal acostados; ¿porque no se les provée de lo necesario para que tengan mejor cama? — Señor, contestó el gobernador, no tenemos recursos. — Lo cual no impide que V. que goza de buena salud, se acueste en buenos colchones, mientras estos pobres enfermos, hijos como nosotros de Jesucristo, tienen que dormir en el duro suelo. — Le prometo á V. que dentro de pocas semanas quedarán remediadas sus necesidades. — Dentro de pocas semanas, no; repusó Garcia Moreno; porque no tienen tiempo de esperar. V. se acostará aqui en la estera esta noche y todas las que sigan, hasta que cada enfermo de estos tenga su colchon y su manta. » Antes que terminara el dia, todos aquellos enfermos estaban provistos de camas, y el gobernador pudó dormir tranquilamente en la suya.

Habiéndose quejado los leprosos del régimen alimenticio, fué un dia de improviso á sentarse á la

mesa de aquellos infortunados; participó de su humilde comida y dió órden de mejorar el alimento diario. Algun tiempo despues, en una segunda visita, declaró que la comida no dejaba nada que desear. Sin embargo, uno de aquellos infelices no se mostraba muy satisfecho : « Sepa V., amigo mio, le dijó Garcia Moreno, que yo no estoy tan bien servido y soy el presidente de la república. »

No tuvó un momento de reposo hasta que consiguió que los pobres enfermos tuviesen á su disposicion los consuelos que la religion sabe únicamente proporcionar. En vez de empleados sin entrañas, les dió Hermanas de la caridad para cuidarlos y vendar sus llagas de alma y cuerpo. Al propio tiempo dictó un reglamento con el cual todo el mundo tuvó que conformarse; inspectores, vigilantes, médicos, practicantes y enfermos. Bajo la alta direccion de las Hermanas, la casa de San Juan de Dios llegó á ser modelo de hospitales. Dotó á muchas ciudades de establecimientos semejantes y los confió asimismo á las admirables hijas de San Vicente de Paul. ¡Ay! ¡que diria este grande hombre de Estado de nuestros secularizadores de hospitales!

Lleno de la mas tierna solicitud por los pobres enfermos, prodigábales él sus cuidados y consagraba al alivio de su miseria, una parte de su sueldo. Cuando por primera vez fué eligido presidente, su señora, doña Rosa Ascasubi, le hizó observar que un presidente de la República, no podia dispensarse, al tomar posesion de su cargo, de dar un banquete oficial á los ministros, al cuerpo diplomático y otros personages de distincion. Pero el marido le contestó que su humilde fortuna no le permitia semejante lujo. En cuanto á su sueldo, dejaba una parte al Estado mas pobre que él, y la otra la destinaba á

obras de caridad. La noble dama repusó que ella se encargaba de los gastos, y le entregó quinientos pesos, recomendándole que hiciese las cosas en grande. Provisto Garcia Moreno de una bolsa tan repleta, se dirigió al hospital con su ayudante, remedió las mas apremiantes necesidades de sus enfermos, y dispusó para ellos una magnífica comida. A la vuelta su esposa le preguntó si tenia bastante dinero : « He pensado, contestó riéndose, que una buena comida les vendria mejor á los enfermos que à los diplomáticos. He llevado el dinero al hospital, donde me han esegurado que por quinientos duros tendrian todos un magnífico banquete. »

Por lo demàs, su caridad se extendia á todos los pobres sin excepcion, à cuantos pedian limosna, y sobre todo á los pobres vergonzantes. Cuando las rentas del tesoro bastaban á cubrir los gastos públicos, recibia su sueldo íntegro, y continuó viviendo, sin embargo, con la mayor sencillez, como un hombre de modesta fortuna. Suponíase que hacia algunos ahorros, lo cual no se le echaba en rostro, pues era sabido que no tenia recursos. A su muerte, el administrador encargado de sus negocios, presentó una cuenta de cargo y data, de la cual resultaba que el presidente habia dedicado todos sus emolumentos á obras de caridad, y sobre todo á socorrer secretamente las familias necesitadas cuyos varones vivian emigrados en Chile y el Perú! La muger de Urbina, su mortal enemigo, recibia del Presidente una subvencion mensual. ¿ Quien no admirarà una generosidad tan grande y al propio tiempo tan humilde?

No es posible dejar de notar las enormes diferencias entre los gobernantes demócratas y nuestro gran gefe cristiano en sus relaciones con el pobre pueblo. Aquellos llenaban su bolsillo explotando su

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

sencillez; este vacia el suyo aliviando sus enfermedades. El cristiano pasa como su Maestro, haciendo el bien : los demócratas haciendo el bien á su muy cara y muy importante personalidad. Por lo demás, este fenómeno es tan natural, como la salida del sol todas las mañanas; porque el egoismo debe permanecer siempre egoismo, mientras no se ponga en lucha en el corazon del hombre, con la influencia sobrenatural, única que puede triunfar de él. Esto se explicaria con mas dificultad, sino se supiera que la necedad humana es todavia mayor que su malignidad, y que el pueblo tantas veces devorado por los lobos, jamás deja de colocarse bajo su cayado, siempre que tienen el capricho de disfrazarse de pastores.